

## Bibliografía

GÓMEZ PIN, V.: *El Orden aristotélico*, traducción del francés de Virginia Carrea. Ariel Filosofía. Barcelona, 1984.

El libro de Gómez Pin constituye la base de una tesis de Estado presentada en la Sorbona hace ya muchos años, y que en su día se publicó en francés con el título de *Ordre et substance*. Este hecho tan particular hace que el autor, en el prólogo a la edición castellana, reconozca que el mismo problema planteado lo hubiera enfrentado hoy con diferentes armas conceptuales, muy alejadas de las que conforman el horizonte del pensamiento aristotélico. El núcleo del orden está buscado en la categoría de *ousía*, mientras que Gómez-Pin lo situaría hoy en la *medida*, elemento totalmente ajeno al aristotelismo.

Comienza la obra presentándose la idea de orden como creencia fundamental, en el sentido orteguiano. Creencia casi nunca cuestionada, casi nunca elevada al plano de la idea: «el Todo está ordenado», «la realidad es cosmos». En seguida surge una afirmación que determinará todo el sentido de lo que a continuación leeremos: la cuestión del *principio*, esto es, de la *entidad*, es inseparable, en Aristóteles, de la admiración producida ante el carácter ordenado del Todo, admiración que puede situarse en el punto de arranque de su filosofar. La defensa del Orden frente al Caos «anima toda la indagación aristotélica, y, tal vez, es la clave de la explicación de su obra» (p. 31). El orden cósmico dependerá, para el estagirita, de la *ousía*, de una entidad distinta de las sensibles, de la entidad por antonomasia. La no existencia de entidad semejante cuestionaría la realidad del orden y se insinuaría en este momento la presencia del caos abismal.

Aristóteles empieza buscando la entidad en el orden sensible, para pa-

sar después a la consideración de las ideas platónicas, de los números, y de esa realidad casi divina que es el éter, el quinto elemento. La entidad, la *ousía*, es un término equívoco, que se aplica también a lo sensible, a los seres perecederos y múltiples. Pero lo sensible no es la entidad en sentido propio, a no ser por un proceso de abstracción. La entidad es el ser primero: quiddidad, universal, género, sujeto; su característica distintiva es la existencia *per se*, su autosuficiencia e irreductibilidad. La entidad en sentido propio es una realidad separada de lo sensible, una realidad eterna, la vinculación con la cual posibilita que los seres sensibles tengan una cierta identidad y no se corrompan en el mismo instante de aparecer. No es la entidad objeto de la Física. Es ella la que hace posible que los seres sensibles lo sean.

En el ámbito de los objetos matemáticos, figuras y números, no es posible tampoco dar con el principio buscado. Porque no es la sustancialidad como tal ser en potencia, y tampoco tiene la simplicidad totalmente relativa que caracteriza a aquéllos. Los números y las figuras nada tienen que ver con lo divino, separado, inmóvil y autárquico. Mucho menos está la entidad en las ideas platónicas: para el Aristóteles de la madurez las ideas son totalmente inútiles, no explican ni el movimiento de los seres sensibles, ni su generación, ni su existencia. Tampoco explicarían, evidentemente, la regularidad y la coherencia que observamos en sus actividades y relaciones. Por lo que hace a la doctrina del último Platón de los números ideales, Aristóteles cree haber demostrado que los mismos no pueden existir. Por consiguiente, es preciso abandonar esta vía de búsqueda.

La realidad mínimamente material del quinto elemento, el éter, es el candidato siguiente. En el *De Caelo*, Aristóteles hace de él un ser más divino, originario y noble que el que corresponde a los demás elementos. El movimiento del éter, incesante y circular, es presentado como condición de posibilidad de índole ordenada de los otros movimientos del universo. El movimiento circular es sinónimo de perfección, en efecto, pero, como movimiento que es, también indica una determinada carencia. Dado que el éter se mueve, no puede constituir la realidad originaria y autosuficiente, que tiene que ser necesariamente inmóvil. Con el fracaso del éter se consume también el de la tentativa aristotélica de panteísmo. La doctrina del primer motor inmóvil iba a constituir la renuncia de buscar el fundamento en lo fundado, el principio del Orden en lo ordenado: Aristóteles se reconcilia aquí, según el autor, con Platón.

La entidad, el principio, es Dios, el Dios de Aristóteles. Esencialmente acto, eterno, inmaterial, primer deseable, primer inteligible, causa final última que mueve como objeto de amor, inmodificable, necesario, bueno, vida, duración continua, inextenso, impasible, inalterable. Además, Dios es inteligencia que se tiene a sí misma como objeto, *noésis noéseos*, pensamiento atemporal. La *ousía* sienta sus reales más allá del tiempo: de modo que cuando capto la sustancialidad en un objeto, estoy captando

aquéllo que escapa de ese objeto al devenir, aquéllo que se une a lo eterno, su forma o determinación específica. En cuanto compuesto al objeto es perecedero, pero en cuanto determinación inteligible, en cuanto forma, es eterno.

En la doctrina de los trascendentales, y Gómez-Pin utiliza aquí la presentación de la misma que hizo Suárez en sus *Disputationes*, se localiza a juicio del autor la articulación entre el principio, la entidad, y el orden cósmico. *Uno* me sitúa frente a algo, frente a individuos; *Verdadero* me indica que los individuos constituyen manifestaciones de una realidad específica, que toda identidad puede ser identificada. Los trascendentales del ser, al expresar la comunidad de cada cosa, se constituyen en condición del orden universal. Una cosa se relaciona con las demás cosas, y el resultado es la existencia de un Orden, de un Cosmos, porque cada cosa es verdadera, una y buena.

En este momento Gómez-Pin abandona un tanto el horizonte definido por las categorías del pensamiento aristotélico, para hacer una incursión en otras posibles experiencias intelectuales de signo radicalmente diverso. Se trata de estudiar lo que aquí se llama «revelación negativa», aquella que me pone en contacto con el Caos: el juego, la pura diferencia en la que desaparece toda identidad. Ejemplo paradigmático de semejante revelación negativa sería la intuición nietzscheana del Eterno Retorno. Aquí se ha renunciado completamente a la entidad, intentando pensar el devenir y la multiplicidad como originarios, expulsando de la reflexión a la unidad y al orden, es decir, al ser. La filosofía nietzscheana representa la alternativa contrapuesta al ensayo aristotélico. Y esto basta como excursión por otros parajes intelectuales diferentes.

El pensamiento aristotélico está sembrado de aporías que los intérpretes y comentaristas han intentado enmascarar, pasar por alto o resolver trabajosamente a base de distinciones y más distinciones. Con la entidad fundante sucede precisamente esto: el principio es autosuficiente, sólo tiene relación consigo mismo, pensamiento de una pura unicidad; está situado en lo atemporal. Cuando alcanzamos la intuición del principio abandonamos el plano de la multiplicidad coherente del cosmos, nos arrancamos de nuestro ser de hombres. La visión de Dios implica la *pérdida* del mundo, en una palabra. Pero toda la utilidad que tiene este Dios abstracto era la de fundamentar el mundo de la multiplicidad. De ahí que la pérdida sea fatal y contradictoria. El Orden sólo se puede fundar desde la entidad, pero desde la entidad el Orden se evapora.

De ahí que el autor termine hablando del «fracaso» de Aristóteles, situándose de este modo en la línea inaugurada por la monumental obra de P. Aubenque. La Metafísica no deja de ser nunca una «ciencia».